

“HOGAR DULCE HOGAR”

En un documental de la televisión afirman que todos los colchones (el mío también) están repletos de unos bichitos que los biólogos llaman ácaros. La visión macroscópica de la cámara los convierten en monstruos que ni el mismo Kafka hubiera imaginado en la peor de sus pesadillas. Con pavor me doy cuenta que duermo todos los días sobre un criadero de esos engendros. Me pregunto si en el resto de mi casa también anidan estos y otros seres horripilantes. Mi miedo se atenúa cuando veo la ambientación de Paula Toto Blake, “Hogar dulce hogar”. No sé todavía porqué. Hay formas vegetales que cubren la pared y unas especies de “pelotas cerebrales” con bocas. También hay un banquito de niño, que ha dejado de serlo para convertirse en un artefacto espinudo. Paula pone en escena el miedo que me produce mi propia casa. En esta ambientación se respira lo que Sigmund Freud denominaba Umheimlich, es decir, una sensación de que lo hogareño, lo familiar, se torna siniestro, ominoso. Las formas sensuales de las plantas me recuerdan a la temible “vagina dentada”, la expresión del temor que el miembro viril sea guillotinado por el sexo femenino. Las inocentes plantas, de pronto, pueden mordirme.

Esta ambientación es como una película de terror que sirve para exorcizar los miedos. Enfrentarnos a los miedos, a aquello que nos da pavor (la sombra jungiana), es una forma de saber que nada es tan grave como parece. Solo si los enfrentamos nos podemos dar cuenta que no son tan oscuros ni terribles como sospechábamos.

El color que Paula eligió para esta instalación es el rojo. Intensidad asociada al fuego, a la llama y por ende al poder transformador, a la fragua que moldea el metal, a la hoguera que cocina el alimento. Los objetos de Paula se transfiguran, y el rojo que los cubre - brillante, intenso - exacerba ese giro. Los objetos cotidianos se pueden volver mágicos o trágicos. La sombra puede ser aliada o enemiga; los miedos pueden servir para retraernos o para descubrir nuestro potencial heroico. Si San Jorge no se enfrentara al dragón, nunca hubiera rescatado a la princesa, ni hubiera sido considerado un caballero digno.

Hogar, dulce hogar, puede ser considerado un ensayo sobre el miedo. Aquí se pone en escena el temor de que nada permanezca como tal lo conocemos. Muchas veces creemos que la transmutación deriva hacia algo tenebroso. Ahora sé que es lo que me tranquiliza de esta ambientación: soy capaz (y todos los somos) de enfrentar mis temores cotidianos. Y algo más, que no es necesario combatirlos con lanza, ni yelmo, ni armadura.

En esta ambientación está presente el miedo de que todo se trastorne, pero también está la posibilidad de transmutar el mismo miedo. Para ello, Paula echa mano al más taumatúrgico de los poderes del hombre actual: el arte.

Julio Sánchez

Asociación Internacional de Críticos de Arte